

Samuel Lafone Quevedo (1999 [1898]): *Tesoro de catamarqueñismos*, Catamarca, Dirección General del Centro Editor-Universidad Nacional de Catamarca.

La Universidad Nacional de Catamarca se congratula de presentar esta edición del *Tesoro de catamarqueñismos: Nombres de lugares y apellidos indios. Con etimologías y eslabones aislados de la lengua cacana* de Samuel A. Lafone Quevedo, edición complementada con *Palabras y modismos usuales en Catamarca* de Félix Avellaneda. La obra “magna y riquísima”, según expresiones de Federico Pais, es el fruto del amor entrañable que Lafone sentía por esta tierra, su paisaje, sus hombres, su cultura, especialmente por la región de Andalgalá en la provincia de Catamarca. Con la certeza de que es fuente riquísima para el conocimiento de nuestras tradiciones y con la esperanza de que será inspiradora de trabajos que pueden dar origen a nuevos conocimientos, la Universidad deja este libro en manos de investigadores, docentes, estudiosos de disciplinas diversas: lingüística, antropología, arqueología, historia, folklore, geografía.

Hacer referencia a Don Samuel A. Lafone Quevedo (1835-1920) supone considerar toda su fecunda tarea de investigación lingüística, arqueológica, etnográfica e histórica como uno de los eslabones más importantes en la cadena de conformación de una conciencia de la identidad americana, de la identidad de esta región del noroeste argentino. Lafone Quevedo actúa en las últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX. Catamarca vivía por entonces una etapa de esplendor cultural al punto que figuras catamarqueñas como Adán Quiroga, Exequiel Soria, Félix Avellaneda, Manuel Ponferrada, Julio Sánchez Gardel “irrumper en el escenario nacional y se convierten en figuras señeras” (Olmos 1977: 45). Lafone Quevedo, egresado de Cambridge, fijó en Pilciao, Andalgalá, al oeste de la provincia de Catamarca no sólo el

asiento de sus negocios sino también el lugar de las investigaciones cuyos resultados dio a conocer en artículos, libros, conferencias y en su trabajo como docente de la Universidad de Buenos Aires y como director del museo de La Plata.

Esta edición del *Tesoro de catamarqueñismos* reproduce la editada en 1926 por la Universidad Nacional de Tucumán, que es la que dio a conocer su autor en 1898, a la que se le incorporó la *Colección de voces y modismos usuales en Catamarca* compilada por Félix Avellaneda.

Se realizarán primeramente algunas consideraciones acerca de sus aspectos externos, aunque su clasificación, como la de toda obra lexicográfica, diccionario, glosario, vocabulario, es una tarea difícil y su inclusión en un tipo determinado plantea problemas tanto teórico-lingüísticos como prácticos. El criterio más adecuado es el basado en el modo de ser de la lengua y en los distintos aspectos de la descripción lingüística que se abordan en la obra objeto de estudio. La denominación *tesoro* proviene de la época renacentista¹ y se usa actualmente para designar obras lexicográficas de muy diversa índole. En este caso tal denominación se refiere a la codificación lexicográfica del discurso colectivo, ya que se registran palabras y unidades léxicas representativas de una comunidad lingüística en tanto sus miembros pueden comunicarse entre sí sin ninguna dificultad. También podríamos utilizar la expresión “comunidad de habla”, ya que si bien hay muchas referencias a lo gramaticalmente aceptable, abundan aquellas que denotan lo social o culturalmente aceptable y de ahí proviene gran parte de su riqueza; a modo de ejemplo: “api se dice de una persona de cara pálida”, “‘esto está api’ se dice de un manjar que no tiene el condimento habitual”. Como se ve, la competencia comunicativa, más amplia que el conocimiento de la gramática, refiere a las “maneras de hablar en contextos culturales”, al hablar de modo apropiado según el grupo cultural de pertenencia, a lo que se puede decir o no porque se considera vulgar, incorrecto, familiar, anticuado.

1 Recuérdese el *Tesoro de la lengua castellana o española* del toledano Sebastián de Covarrubias, verdadero arsenal de noticias sobre ideas, costumbres y diversos aspectos de la vida española.

La obra consta de un tomo de 388 páginas en formato de 20 x 15cms. La primera parte está formada por nueve capítulos que tratan del origen del trabajo y de las lenguas aborígenes habladas en el territorio de la provincia de Catamarca. Hay además consideraciones acerca de la lengua cacana y del quichua que tienen como fundamento la carta que Alonso de Bárcena enviara en septiembre de 1594 a su superior, el padre Juan Sebastián. Estos capítulos iniciales incluyen el análisis de algunos datos como infijos, voces, antropónimos y topónimos que el autor atribuye al cacán o identifica como formaciones híbridas cacán-quichua.

En la segunda parte las entradas léxicas están ordenadas alfabéticamente. La tercera parte incluye cinco apéndices; se trata de padrones en los que figuran apellidos indios (quilmes y calianes de 1682 y otros de los siglos XVII y XVIII), además de voces del “cuzco” proporcionadas por Magdalena Gómez del Huaco en 1884 y por Rosa Cusillo de Siján en 1887-1888 y, por último, topónimos de Tucumán y Catamarca.

A partir de sus observaciones acerca de las diferencias entre el dialecto que usaba el pueblo en sus conversaciones familiares y el castellano culto –diferencias que se dan no sólo en la entonación sino en un considerable número de voces; así, por ejemplo, el autor recuerda la sorpresa de su hermana cuando, recién llegada de Montevideo y Buenos Aires (1878), escuchó decir a la gente de Colpes que sus *huahuas* estaban con viruela y a una madre que estaba *enucando* (despechando) a su *huahuita*–, el objetivo de Lafone es descubrir lo que era y a qué grupo de la gran familia lingüística argentina pertenecía la lengua cacana. Se trata de una de las lenguas perdidas de la República Argentina hablada por los diaguitas o calchaquíes, “indígenas de la región en que he vivido durante 35 años” (habitantes de Londres, La Rioja, Catamarca y Santiago del Estero), y agrega, citando al padre Lozano de la Compañía de Jesús, “lengua [...] extrañamente difícil, por ser muy gutural que apenas la percibe quien no la mamó con la leche....”.

La intención de Lafone es no sólo descubrir (sic) lo que era y a qué familia lingüística pertenecía la lengua cacana, sino también salvar del olvido los pocos restos que quedaban de ella. Para ello, parte de la hipótesis de que se trataría de un idioma que tendría más de mataco que de qui-

chua, aunque se haya apartado del primero en época muy anterior a la incásica. Al respecto, basándose en diversas pruebas que discute en los capítulos iniciales de la obra y en las voces recogidas en el *Tesoro*, afirma que “el cacán no es el quichua”, aportando numerosas evidencias para demostrarlo, si bien podrían existir puntos de contacto entre uno y otro, dada la posibilidad de influencias mutuas entre lenguas que se hablan en el mismo territorio. Propone, como una vía válida para el conocimiento del cacán, recurrir a informantes que hablen quichua, tales como los indios del Salado en Santiago, aunque en Catamarca, y en contra de la creencia generalizada en la época (1894, cuando escribe el prólogo a la primera edición) acerca de que ya no había hablantes de quichua, dice “mi estanciero en Vis-Vis lo habla, la Magdalena Gómez, de Huaco, era insigne cuzquera (es decir, hablante de la lengua del Cuzco, el quichua) y recién acaba de morir”, agregando que en Pomán, Tinogasta y el Cajón de Santa María había gente que aún lo hablaba. En consecuencia, y como ya se ha dicho, la edición completa lleva en su apéndice D elementos léxicos y frases del dialecto local del Cuzco no sólo “recogidas de la boca de la india Magdalena Gómez de Huaco (Andalgalá)” sino también de Rosa Cusillo, en Siján (Pomán), insignes “cuzqueras”, es decir criollas que aún hablaban quichua, lengua a la que llamaban “cuzco” y que, según Lafone Quevedo tendría que ser para ellos (los que la hablaban), “tan postiza como la castilla”, como llamaban a la castellana.

Interesa destacar el proceso de construcción de conocimientos que sigue Lafone Quevedo y al que hace referencia continuamente; en efecto, en el prólogo a la primera edición completa dice que ha suprimido algunos capítulos de la primera publicación realizada en los Anales de la Sociedad Científica, así como etimologías dudosas y homofonías con el sánscrito “una vez que las hipótesis se hayan sometido al crisol de la sana crítica, el que busca la verdad tiene como retirarse con honores de la guerra de cualquier posición insostenible” (1894: 10). En este sentido, con una actitud epistemológica digna de mención, reconoce que sus conocimientos son provisorios y confía en que pueden servir de estímulo a muchos, ya sea para ampliarlos o refutarlos (en la entrada de la voz *huanaco* afirma: “estas observaciones pueden servirles a los que estudian estas cosas ya sea para confirmarlas ya para desbaratar una o

más de las hipótesis”); por eso, el hecho de que muchas de las etimologías propuestas por Lafone hayan sido revisadas no invalida su trabajo. La lectura de los primeros capítulos de la obra muestra el arduo proceso de construcción de su propio saber. En efecto, su hipótesis inicial era que la lengua cacana sería un dialecto de la lengua del Cuzco: “en esta inteligencia me permití torturar algunos temas que por lo visto son cacanes, sacándoles así raíces quichuas” (cap. 1), aunque su instinto le indicaba que debía ser una lengua radicalmente distinta a ésta, es decir que el cacán no era una variable dialectal más gutural del quichua. Narra como en el año 1888, al examinar unos papeles que trataban del fraccionamiento de la merced de Singuil, encuentra una referencia a uno de los linderos: “desde el filo llamado de Enjamisajo”, con la explicación de que esa voz “propia de la lengua de los naturales” quería decir “cavesa mala”. El hallazgo de esa palabra, “que no es ni voz ni tema del Cuzco y sí de los naturales”², más otros datos reunidos a lo largo de los años lo impulsaron a escribir nuevamente la parte del trabajo que se relacionaba con voces de posible procedencia cacana. En este sentido, el gran mérito de Lafone Quevedo es el de haber probado que no puede hablarse de la identidad lingüística entre quichua y cacán; la lengua cacana no era la misma que la del Cuzco “aún cuando carezcamos de datos para poder decir cómo era esa lengua y a qué familia pertenecía podemos asegurar que no era la del Cuzco” (1898: 26).

Se apoya además en otros datos, como pueden ser la terminación *-ao* y su variante *-a*, con significado locativo de “pueblo”, en topónimos de la región catamarcano-cacana, tales como Sumalao, Amanao (nombre de la quebrada en la que desemboca el río el río Vis-Vis o Vil-Vil en el departamento de Andalgalá), Fiambalá. Andalgalá, modificación de la forma Antalcalláo³, dice es el nombre del “famoso valle al pie del nevado del Aconquija, asiento de los indios más belicosos del valle de Londres. El nombre de la villa es Fuerte de San Pedro de Mercado del valle de los Andalgalas”; su etimología es “Pueblo del señor Liebre del Alto,

2 Para Lafone esta voz tampoco es atacameña, lule, mataca ni toconoté.

3 Nótese que en *Andalgalá* (< de Antalcalláo) se produce la sonorización de oclusivas sordas intervocálicas.

que así se llamaría el cacique que le dejó su nombre. Es palabra decididamente cacana”.

La desinencia locativa *-ao* también está en *Pllciaol Pllchiao*⁴, “lugar a tres leguas del fuerte de Andalgalá, hacia el sur, asiento de ingenios de fundición de cobre, el tema es cacán”; y agrega Lafone que él compró la propiedad con el nombre de “Balde de la carpintería o de don Fabián” (así se llamaba el vendedor). Otros datos en los que se apoya son la voz *cocavi*, con la acepción de “bastimento, provisión de viaje” (“el *cocavi* debió ser rosetas de maíz hechas harina para tomar con tulpo⁵, desleída en agua y endulzada con harina de algarroba”) y el vocablo *titaquin*, con el significado de ‘su señor y su rey’ (saludo que los indios de Calchaquí dieron al embaucador Pedro Chameijo, alias Bohórquez: *-aquin: Aquinao, Aquinchay*); las expresiones *tutu, tuy*, con la acepción de “fuego”, “¡ay que me quemol!”, y la voz *tucu*, “coleóptero con linternas en la cabeza”; son todas de uso cotidiano en la región cacana y parece que están formadas de la raíz *tu*. Lo mismo sucede con la interjección *chuy* para expresar sensación de frío, antónimo de *tuy*, la terminación *-vil* (locativo) en temas como *Pisa vil, Niquivil, Saujil, patay* ‘pan de garroba o algarroba’, fruto del “árbol” por antonomasia, el algarrobo, que es *tacu* en quichua (por eso para Lafone es probable que *pata* sea el nombre del algarrobo o su fruta en cacán), patronímicos como *Ayuchil, Chalimil (Chalemin), Apujil, Pituil*, y otros topónimos como *Pisavil, Pisapanaco, Famabalasto, Antofagasta*. Los patronímicos en *-ay* (*Aballay*, los últimos caciques de Andalgalá se apellidaban así, “aba” sería el modo de decir “agua” en cacán) y los apellidos en *-l*, junto a los topónimos, no admiten, a su juicio, interpretación por el quichua. En esta reflexión permanente sobre su propio trabajo de investigación se propone demostrar también “lo íntimamente ligado que estaba nuestro Cuzco con el clásico de la capital de los Incas”⁶ más que con cualquiera de sus otros dialectos.

4 En este caso la base *pilsi-* no está determinada, no sería cacana para Lafone.

5 Tulpo: harina de maíz tostado que se remoja y así se toma.

6 *Cuzco* es la denominación que la gente criolla daba a la lengua quichua y *cuzqueros* a los que la conservan, tan postiza para ellos, según Lafone, como la castilla, es decir, la castellana.

Es meritorio también que Lafone Quevedo haya sostenido la hipótesis de que en el momento de la entrada de la conquista y colonización española, la lengua quichua ya era conocida en la región y que el proceso de evangelización contribuyó a su difusión; es decir, el quichua era lengua aprendida antes de la entrada de los españoles a la región al decir del padre Bárcena (1594), cuyo testimonio es recogido por el autor. En efecto antes de la conquista, la lengua del Cuzco era lengua de prestigio y “todo indio se creía más si la hablaba y entendía”. Cuenta Lafone que hasta mediados del siglo XIX, el cura Maubecín, en Andalgalá, confesaba a sus feligreses en lengua del Cuzco que en 1810 era general en Catamarca y La Rioja.

El trabajo tiene el mérito de ser una obra inaugural, ya que la primera edición completa es de 1898, finales del XIX, porque una edición anterior de 1894 incluye sólo los capítulos iniciales. Si bien en el siglo XIX se habían publicado diccionarios de lenguas regionales en España y de lenguas indígenas en América —éstos además tenían una larga tradición iniciada en los primeros decenios de la colonización española, como se infiere de las múltiples referencias al perdido vocabulario cacán de Bárcena— la lexicografía dialectal, debido al aporte decisivo de la geografía lingüística y de la dialectología, alcanzó un desarrollo notable sólo a partir del siglo XX, especialmente después de 1945. Posteriormente se ocupan de las lenguas andinas del norte argentino y de Chile muchísimos estudiosos, como Kersten (1905), Boman (1908), Cabrera (1917) y Lizondo Borda (1938).

A continuación se hacen ahora algunas referencias a la segunda parte, la lexicográfica en sentido estricto. La descripción semántica se basa en un corpus de datos que el autor ha ido reuniendo mediante el estudio de obras especializadas, la consulta a fuentes como documentos escritos, informaciones orales y observaciones propias *in situ*, de manera que se apoya en la competencia lingüística de los hablantes de esta región, como él mismo indica, por ejemplo, en la entrada *huilí*, “tribu de indios de Santiago que hablaban el idioma del Cuzco”: “en este año (1897) me lo han confirmado otros vecinos de Santiago”, o en la voz *huilla*: “Teresa Gualcumay de Colpe dice huillay por avisar; [...] esta voz de la Rosa Cusillo” (a propósito en la entrada correspondiente al

apellido *Cusillo* dice que es un apelativo encontrado en Saujil, Pomán; etimológicamente la raíz “cusi” significa “alegría”, el sufijo “-illo”, “goloso” y agrega “la que yo he conocido de este apellido era una vieja más alegre que un cuyuyu”).

Esta segunda parte se relaciona estrechamente con la recopilación léxica efectuada por Félix Avellaneda, al punto que una marcación gráfica, un asterisco colocado en el lema, remite a la voz correspondiente recogida por Avellaneda en el sector dialectal del centro y oeste de Catamarca; de este modo, el lector obtiene información acerca de variables que pueden ser fonéticas o semánticas. Por ejemplo, el lema *castilla* es en Lafone “calificativo de todo lo que es extranjero o español” y según parece funcionaría por oposición con *sacha*; “cera de castilla” sería la cera auténtica por oposición a la “sacha cera” que designaría la criolla. En sus datos Avellaneda dice que en este sector geográfico (centro y oeste) se habla de “la castilla” como “el idioma”, asociado al prestigio, y coincide al señalar que la expresión “de castilla” se aplica a todo lo que no es natural de tierra americana. Estos usos tienen una larga tradición en el español de América; en las actas Capitulares de Catamarca (1687) se registran “ropa de la tierra / ropa de Castilla”, “géneros de la tierra / de Castilla” como denominaciones que oponen productos de origen americano y español.

Lafone Quevedo registra *tucu*⁷; Avellaneda dice: “nosotros decimos indistintamente tucu o tucu”, y da una larga explicación acerca de cómo suelen “pillarase los tucos” y el significado figurado de la expresión “hacer tucu-tucu”, llamar a otra persona mostrándole algo que pueda interesarle.

Lafone da la pronunciación *amca vel aunca*, “maíz tostado y reventado en rosetas”, y Avellaneda dice que es más común en la región por él estudiada decir *ancua*; asimismo Lafone registra *acuyicua* y Avellaneda *acuyicu / acuyico*.

7 *Tucu* es la denominación empleada para hacer referencia a la luciérnaga.

Como todo lingüista, Lafone trabaja desde una perspectiva descriptiva; su actitud ante el uso de la lengua es aperturista, no purista, pues no es su objetivo prescribir usos “incorrectos”. Desde esa perspectiva recoge los elementos léxicos que dentro del sistema general del español son característicos de un subsistema: son las variantes regionales del español usadas en el oeste de Catamarca (Lafone Quevedo) y en el centro y este de la provincia (Avellaneda); de ahí la denominación “de catamarqueños”. Temporalmente corresponden al último cuarto del siglo XIX; el material recopilado por Avellaneda es de la primera década del XX⁸.

En cuanto al nivel sociolingüístico, el léxico registrado es el coloquial de la región, con selección de voces familiares y populares, pocas veces vulgar y tabuizado. Se trata de la lengua “popular” catamarqueña, la hablada por todos, el modo expresivo de todo un pueblo, original en su forma interior y en su norma, como dice Federico País al hacer referencia al uso de “arcaísmos” e “indigenismos”.

El procedimiento empleado es semasiológico, parte del significante léxico e indica luego los contenidos virtuales o realizados en el discurso.

Las entradas del *Tesoro*, ordenadas alfabéticamente, ofrecen no sólo términos aborígenes que Lafone Quevedo atribuye al cacán, al quichua, al lule, al almara, sino también voces del fondo idiomático español usadas en esta región con algún matiz diferencial respecto del significado dado por el diccionario de la Real Academia Española. En estos casos enuncia el lema (voz guía o palabra clave) y da el significado de uso regional; así, por ejemplo, es interesante la especialización semántica de la voz “comida” por “locro”⁹.

Cuando se trata de voces aborígenes proporciona la etimología y muchas veces informa también acerca de la pronunciación; así, en las entradas *ahicito-ahixito*, *acacito*, *allicito* indica gráficamente la pro-

8 Una carta de Avellaneda dirigida a Lafone es de 1916.

9 Lafone narra que se comía de boda en una casa y después de muchos platos preguntó el dueño de la casa: “¿qué horas traen la comida?”. Observa un convidado: “¿pues si lo servido no es nada qué nos espera?” “Se trata de un locro”, respondió el primero.

nunciación de *ahixito* y dice: “cuando el preguntado contesta “ahixito no má” prepárese el interesado para cualquier distancia desde una cuadra a una legua...”, y agrega en la entrada *aquixito*: “el viajero debe temblarle a los aquixitos”.

Si bien la obra registra un repertorio de signos lingüísticos cuya naturaleza, pronunciación, grafía, características gramaticales y valores de uso se explican mediante una metalengua, la inclusión de nombres propios, de un gran número de palabras con función designativa, la información sobre las cosas, hace que sea plausible decir que tiene aspectos de diccionario enciclopédico de carácter general, no especializado, de modo que es importante la información lingüística y extralingüística para el conocimiento del mundo. En efecto, Lafone Quevedo no sólo se refiere a la relación entre el significante y el contenido léxicos, sino que también brinda sus conocimientos sobre distintas materias, de modo que supera el trabajo lingüístico al brindar informaciones enciclopédicas. Por ejemplo, define la voz *huanaco vel guanaco* por sus atributos fenoménicos (tales como rasgos físicos, pertenencia a un determinado género) y funcionales (la utilidad de su lana que sirve para telas), da la etimología y luego expone su sabor acerca del uso mitológico del símbolo huanaco; de este modo en una entrada hay con frecuencia indicaciones enciclopédicas, semasiológicas, onomasiológicas y lingüísticas, es decir etimológicas, fonéticas, gramaticales y hasta estilísticas. Lafone describe esta variable regional del español en términos lingüísticos, cognitivos y sociales, junto con las condiciones en las cuales las usan los hablantes. Si por un lado el *Tesoro* es valioso por el material lingüístico registrado (palabras, frases, refranes), por otra resulta ser una enciclopedia que reúne un índice onomástico de antropónimos, topónimos y, en general, valiosa información sobre los aspectos culturales de la región, de modo que es un ejemplo de interferencia entre lexicografía lingüística y lexicografía enciclopédica.

Lafone Quevedo pone de manifiesto permanentemente su interés y sus conocimientos de otras ciencias; así, por ejemplo, en la entrada *alpatauca*, “montículo de tierra, enterratorios de la región diaguita que responden a más de dos razas”, dice que “hará cosa de cinco años se abrieron dos de ellos, uno en Huasán y otro en Chaquiago de Abajo. El

nombre es de la lengua general (quichua) [...]; creo ser el primero que llamó la atención de nuestros arqueólogos a estos curiosos oteros [...] de los que la tradición local nada dice pero que cuyo estudio podría aportar importantes datos para el esclarecimiento de la historia de las razas americanas”. También demuestra su conocimiento de la cosmovisión de los hablantes “cuando en el interior se oiga que un objeto cualquiera está hecho de árbol, debe entenderse que es de algarrobo negro”.

Hace referencia además a tradiciones y creencias; cuando se refiere a la voz *coyuyu* indica: “cigarra que con su canto anuncia la madurez de esta fruta, encanto de hombres y animales, cuando está por madurar la algarroba no se oye otra cosa”, y define *Chiqui* como “desgracia, juego del Chiqui, fiesta que se celebraba para conjurar plagas en labranzas y hacer llover”.

La entrada *daño* es también interesante; su significado de uso es “maleficio, enfermedad causada por el hechizo de algún supuesto brujo”. Con relación a la expresión “le han hecho daño” dice: “Actualmente, agosto 26 de 1894, están dos personas de Belén en esta villa del Fuerte de Andalgalá haciéndose ver por una médica que pretende curar estas dolencias, dicen que cierta mujer en su pago les ha hecho daño [...]. Otro individuo también estuvo atacado así y se curó según él con agua serenada una noche en el techo de su rancho. El maleficio le salió en forma de sapo del costado, se fue saltando a la viña y no lo vieron más”. En el *Tesoro* también hay referencias a la organización social de los antepasados, *mita, curaca*: “cacique, gobernador de pueblo de indios, gozaba del tratamiento de don, junto a su mujer e hijo mayor”.

Se registran además expresiones que se refieren a las valoraciones acerca de las personas y de las cosas como *cusca* con el significado de “confiada, entregada, dada ¡sus que chinita tan cusca!”; *sacha* en oposición paradigmática a *castilla*: “en el uso vulgar” expresa, “a todo lo que es ordinario o imitación se le antepone *sacha*”; a la alimentación *huatear, umita-uminta, locro*; a la medicina: *arca yuyo, evangélica, penca sábila, canchalagua*, e incluso a la minería.

Una lengua refleja el patrimonio cognoscitivo de la comunidad, la cultura no lingüística; mediante una lengua se manifiestan los saberes,

ideas y creencias acerca de lo conocido. El lenguaje es un sistema integrado con el conocimiento de los hablantes acerca del mundo y de la sociedad. Existe una íntima vinculación entre lenguaje y cultura. Toda lengua es un código de símbolos que representan los conceptos o abstracciones que el hombre va creando para clasificar, interpretar y dominar el mundo en que vive. Esos conceptos son interpretaciones subjetivas y convencionales que realizan las distintas comunidades de habla. Son construcciones colectivas y por eso el conocimiento del léxico del *Tesoro de catamarqueñismos* es particularmente ilustrativo para conocer la génesis y formación del patrimonio cultural de Catamarca. Los significados lingüísticos no son el fruto del pensamiento reflexivo sino manifestación de la “inmediatez de nuestra contemplación del mundo y de nosotros mismos” (Gadamer 1977: 539, *apud* Casado Velarde 1991: 37); por eso, lo interesante en la entrada acerca del *coyuyu*, que con su canto anuncia la madurez de la algarroba, es el hecho de que haya gente que construye, lenguaje mediante, esa relación casi mágica entre el mundo animal y vegetal. En este sentido la obra de Lafone es valiosa no sólo para el conocimiento de la historia del español de América, sino también para el proceso de conformación de una sociedad con identidad propia. En efecto el conocimiento de la lengua –diccionario– y el conocimiento del mundo –enciclopedia– son interdependientes, complementarios. Un significado además de relacionarse con un universo de discurso se relaciona con todos los saberes de la comunidad en la que se emplea, por eso este libro es testimonio de la competencia comunicativa, no sólo lingüística de los hablantes de esta región. La actitud epistemológica de Lafone Quevedo a la que se hizo referencia es el gran desafío para los estudiosos, ya que queda mucho por hacer, sobre todo en esta época de en que se produce una relación dialéctica entre lo global y lo local, en estos tiempos en que se impone incorporar lo otro, lo distinto, lo diverso sin perder lo propio, lo idiosincrásico en el lenguaje, en la cultura.

BIBLIOGRAFÍA

CASADO VELARDE, Manuel (1991): *Lengua y cultura*, Madrid, Síntesis.

HAENSCH, G. *et alii* (1982): *La lexicografía. De la lingüística teórica a la lexicografía práctica*, Madrid, Gredos.

OLMOS, Ramón Rosa (1977): *Historia de Catamarca*, Catamarca, La Unión.

PAIS, Federico (1953): *Algunos rasgos estilísticos de la lengua popular catamarqueña*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.

María del Carmen Arce (Universidad Nacional de Catamarca)